

SANDRA FERRER

# MUJERES SILENCIADAS EN EL RENACIMIENTO

LA CORTE, LA IGLESIA Y LOS LÍMITES  
DE LA ORTODOXIA



PUNTO DE VISTA EDITORES

# Sumario

INTRODUCCIÓN. EL RENACIMIENTO DE LAS MUJERES	11
1. EN PALACIO (NO SOLO) HABÍA REINAS	15
2. PODER Y ERUDICIÓN EN LA ESPAÑA MODERNA	19
3. EL VIGOR FEMENINO EN ITALIA EN EL CORAZÓN DEL RENACIMIENTO	36
4. FRANCIA Y SUS MUJERES EN LA SOMBRA	71
5. LA CORTE PORTUGUESA	92
6. INGLATERRA Y LA (OBLIGADA) SOBERANÍA FEMENINA	102
7. UNA VALIENTE DAMA EN LA CORTE DE HUNGRÍA Y AMBICIONES DESMEDIDAS EN LA ISLA DE CHIPRE	138
8. LAS <i>FIELES ESPOSAS</i> DE LUTERO	144
9. PREDICADORAS DE LA REFORMA, A PESAR DE LOS REFORMADORES	163
10. ESCÁNDALOS EN EL SENO DE FAMILIAS CATÓLICAS	173
11. LAS OTRAS DEFENSORAS DE LA REFORMA	190
12. MONJAS AFERRADAS AL CLAUSTRO	206
13. LAS DÍSCOLAS ESPOSAS	216
14. SANTAS Y MÍSTICAS DE LA CONTRARREFORMA	225
15. LAS CONSECUENCIAS DEL CISMA DE ENRIQUE VIII	230
16. LAS TRES MÁRTIRES DE YORK	245
17. HIJAS DE UN TRAIADOR	253
18. FUEGO PURIFICADOR PARA LAS BRUJAS	260
19. EN LOS LÍMITES DE LA ORTODOXIA	270
BIBLIOGRAFÍA	287
ÍNDICE ONOMÁSTICO	291

No puedo ni dejaré de hablar en casa ni en la calle.

ARGULA VON GRUMBACH

Sé que tengo el cuerpo de una mujer débil y frágil,  
pero tengo el corazón y el estómago de un rey.

ISABEL I DE INGLATERRA

## Introducción

### El Renacimiento de las mujeres

En 1817, Stendhal publicaba un libro de viajes, *Roma, Nápoles y Florencia*, en el que describía la belleza de los lugares que visitaba un oficial prusiano. Una obra de la que surgió el famoso síndrome de Stendhal, un trastorno psicossomático provocado ante la incapacidad de admirar tanta belleza.

Absorto en la contemplación de la belleza sublime —explicaba el protagonista de la obra de Stendhal—, pude percibir su esencia misma al alcance de la mano; podía, por así decirlo, sentir su sustancia bajo mis dedos. Había alcanzado ese grado supremo de sensibilidad donde las divinas insinuaciones del arte se fusionan con la apasionada sensualidad de la emoción. Al salir del pórtico de Santa Croce, me asaltó una intensa palpitación del corazón (el mismo síntoma que en Berlín se conoce como ataque de nervios); la fuente de la vida se secó dentro de mí y caminaba con el temor constante de caer al suelo.<sup>1</sup>

El autor francés había sucumbido a la magna belleza de una ciudad, Florencia, llena de arte. Desde sus calles, iglesias, palacios hasta las más imponentes esculturas y los perfectos cuadros. Todo en Florencia es belleza. Una belleza que surgió principalmente en la época del Renacimiento, tiempo en el que los astros se alinearon para aglutinar a un sinnúmero de genios que, apoyados por poderosos duques y marqueses, crearon algunas de las obras más hermosas de la historia de la humanidad.

Se nos olvida, a menudo, que el Renacimiento no fue, solamente, obra de los hombres. También fue de las mujeres. Los siglos xv y xvi abarcan una de las etapas artísticas más bellas de la historia, pero fueron también el inicio de la Edad Moderna, un tiempo de grandes cambios políticos, sociales, religiosos e incluso geográficos. Mientras el mundo conocido se expandía por el oeste, la Vieja Europa sucumbía a incesantes pugnas territoriales entre los grandes hombres del Renacimiento. Francia y España, con su incipiente imperio desbordándose por los límites de los mapas de la época, y marcando su hegemonía en la península ibérica y en las tierras de los Habsburgo, batallaban en el corazón de Europa y se aferraban a ricos territorios de la península italiana, donde marqueses, duques y papas se aliaban o se enfrentaban a ellos según las circunstancias. El poder secular de los reyes y emperadores midió sus fuerzas con el poder eclesiástico, como la tensión entre Inglaterra y Roma que terminó con el cisma inglés, y el órdago luterano que modificaría para siempre la hegemonía católica. Acontecimientos todos que fueron claves en la historia de Europa y del mundo moderno. Hechos en los que las mujeres no estuvieron al margen. Reinas, regentes, damas en la corte, eruditas y pensadoras, mujeres que tomaron las riendas de sus vidas e influenciaron en el devenir de sus reinos.

La época del Renacimiento fue un tiempo en el que muchos hombres y muchas mujeres tomaron el testigo de la escritora Cristina de Pizán, autora de *La ciudad de las damas*, y empezaron a debatir sobre la necesidad de dotar a las mujeres de los mismos recursos intelectuales que los hombres y no relegarlas de la arena pública. La *Querrela de las mujeres* implicó a no pocas eruditas, humanistas y pensadoras, apoyadas muchas veces por reinas y nobles, que empezaron a hablar alto y claro de sus derechos. Un incipiente feminismo que mostraría la valentía de muchas mujeres hartas de ser constantemente vilipendiadas.

Igualmente valientes fueron aquellas que se enfrentaron a los poderes establecidos y a la ortodoxia tanto en el ámbito de la política como en el doctrinal. Sus opiniones, a veces controvertidas e incómodas para hombres (y mujeres) poderosos, las llevarían a situaciones complicadas, incluso a la hoguera. Porque el Renacimiento fue una época de esplendor artístico, de desarrollo cultural, pero también una etapa oscura de la historia en la que la caza de brujas sembró el pánico entre la población, y ellas fueron las que se llevaron la peor parte. Miles de mujeres, principalmente en el centro de Europa, fueron acusadas de brujas, concubinas del diablo, hechiceras, heterodoxas, herejes, cuando en realidad eran sabias y molestas para el orden establecido.

Muchos son los nombres femeninos que recogen historias de genios a menudo silenciados por la historia. He organizado sus relatos intentando seguir un orden temático que abordará los principales hechos históricos de la época renacentista y las más importantes disciplinas del arte y la ciencia. «Encasillar» a una persona en una única dimensión no siempre es fácil, pero he creído necesario hacerlo para un mejor desarrollo del relato. Cada una de ellas aparece en el lugar en el que, según mi consideración, destacó por encima de otras facetas. Mujeres que fueron relevantes en la expansión de la Reforma luterana fueron a su vez grandes escritoras; mientras que damas en las principales cortes europeas tuvieron un papel político destacado que compaginaron con facetas artísticas o incluso con la dirección de empresas comerciales o proyectos arquitectónicos... Mujeres, al fin y al cabo, brillantes que lucharon, aún a principios de la Edad Moderna, contra la misoginia y un paternalismo cansino que continuarían soportando durante siglos. Mujeres doctas, geniales, aventureras y firmes en sus convicciones, que también hicieron de aquellos siglos una de las etapas más apasionantes de la historia.

De la misma forma que no es fácil «encorsetar» a todas estas mujeres en una única etiqueta, tampoco ha sido

tarea sencilla marcar los límites temporales. Los siglos xv y xvi marcan la pauta de esta obra, pero algunos nombres escapan de estos márgenes porque las etapas históricas y artísticas no empiezan y acaban con el primer y el último día de cada siglo.

Muchas de las mujeres que aparecen en este libro fueron, en el mejor de los casos, aplaudidas como damas brillantes y excepcionales; muchas otras, tildadas de aberración de su sexo, mujeres virago, con rasgos demasiado masculinos. Todo ello para negar algo que tantas veces reivindicarían, que ellas podían ser igual de capaces. Solo necesitaban las mismas herramientas y oportunidades. Escritoras, pintoras, compositoras, algunas de ellas recibieron el aplauso de la sociedad de su tiempo. Muy pocas traspasaron los límites de los años en los que vivieron. La muerte de aquellas mujeres brillantes fue también la desaparición de su nombre de la Historia. Sin embargo, poco a poco, la historiografía en clave feminista está recuperando la existencia y la obra de aquellas mujeres que también formaron parte, de manera muy activa, de la Europa del Renacimiento. Esta es mi humilde contribución a despertarlas de su largo e injusto letargo.

Tantas han sido las mujeres que he encontrado ocultas tras las brumas del pasado que han tenido que ser organizadas en dos libros totalmente independientes. En este que, mi querido lector, mi querida lectora, tienes en tus manos, encontrarás a aquellas mujeres que vivieron en lo más alto del poder civil y eclesiástico, así como a otras que, a pesar de no ostentar ningún tipo de poder, pusieron en jaque a las autoridades de la Europa moderna. Muy pronto os presentaré, si es de vuestro agrado, a todo un amplio electo de genios de todas las artes, damas emprendedoras, intrépidas piratas y alguna que otra figura inclasificable. Por ahora, espero que disfrutéis admirando el talento de aquellas que vivieron en palacios y claustros de la Europa del Renacimiento

## En palacio (no solo) había reinas

En agosto de 1529, la ciudad francesa de Cambrai se convirtió por unos días en el centro neurálgico del poder de la Europa moderna. Hasta allí acudieron unas poderosas damas con el objetivo de pactar una nueva paz entre Francia y el Imperio, dos grandes potencias en constante conflicto por la hegemonía territorial del viejo continente. Luisa de Saboya (1476-1531), madre de Francisco I de Francia, y la princesa Margarita de Austria (1480-1530), gobernadora de los Países Bajos, fueron por un momento las baluartes del poder y demostraron ser grandes estrategas. Francisco I y Carlos V depositaron su confianza en ellas. Enrique VIII y el papado completaban el cuadro de poderes en constante trifulca en un siglo XVI de cruentas guerras, eternas traiciones y alianzas, cambio de fuerzas y deseos de alcanzar la gloria. Cuatro poderes masculinos que tuvieron en muchas mujeres grandes peones, necesarias figuras, brillantes mentes, sin las cuales, probablemente, no habrían podido cumplir con sus sueños territoriales.

La Europa del Renacimiento tuvo, en estos hombres, sus antecesores y descendientes, a los principales protagonistas en la lucha por el poder. Una lucha que no podemos entender sin descubrir a las mujeres que, como Luisa y Margarita, ejercieron un papel brillante como asesoras, regentes o gobernantes. Mujeres no tan conocidas como pensamos, con una trayectoria vital apasionante; damas que fueron auténticas señoras del Renacimiento, por su

sabiduría, su capacidad e inteligencia, su determinación y su pasión, su valentía y su juicio.

Estas mujeres fueron reinas, duquesas, gobernantes, regentes o «simplemente» damas de la corte. Mujeres que movieron los hilos del poder y cuya presencia en los palacios de la Europa renacentista no se circunscribió al cambray o a los bailes. De todas ellas, brillaron con luz propia Isabel de Castilla (1451-1504), Catalina de Aragón (1485-1536), María Tudor (1516-1558) o Isabel I de Inglaterra (1533-1603). Ellas no necesitan presentación, han sido y serán ampliamente estudiadas. Pero a su alrededor vivieron damas de corte que no se centraron únicamente en acicalar a sus señoras o entretener sus horas ociosas. Fueron muchas damas eruditas, e incluso algunas con un papel más que determinante en el devenir de sus ilustres señoras. Descubramos ahora a (casi) todas ellas, a señoras poderosas y damas a su servicio. Dignas de ser recordadas.

El siglo xvi fue, a pesar de los hombres, el momento de las mujeres en el poder. La naturaleza parecía haberse aliado con ellas, quienes aprovecharon la situación en las principales dinastías europeas. Inglaterra, España y Francia tuvieron en su trono o junto a él a una larga lista de mujeres a las que el destino, no los hombres, les dio una oportunidad. Muchas no la desaprovecharon, a pesar de que sonaba en el ambiente, junto con laúdes y melodías elegantes, palabras malsonantes y duramente críticas con el gobierno de las mujeres. Citemos solamente a John Knox, un predicador protestante que, entre sus muchas acciones en favor de la Reforma y sus palabras en defensa de su nueva fe, tuvo tiempo para dedicar una de sus obras a las mujeres. *El primer toque de la trompeta contra el monstruoso régimen de la mujeres*, título suficientemente ilustrativo para conocer la opinión de este respetable clérigo. Busquemos solo una frase entre sus páginas: «Promocionar a una mujer para que ostente

gobierno, superioridad, dominio o imperio sobre cualquier reino, nación o ciudad es repugnante a lo natural, afrenta a Dios». <sup>2</sup>

Los hombres siguieron empeñados en legar a sus hijos varones su cetro y su corona, pero no pudieron controlar el vientre de sus reinas. Enrique VIII lo sufrió hasta seis veces: seis mujeres y un solo hijo varón, un niño débil que acabó con la línea masculina de la dinastía Tudor. Felipe II también sufrió hasta ver llegar a un heredero, pero quizás tuvo una mente más abierta cuando dio a las mujeres de su familia un poder que debió indignar a hombres como Knox. Margarita de Austria, su tía, en los Países Bajos; su hermana Juana (1535-1573) en España... Quizás siguió el ejemplo de su padre, Carlos V, quien ya había dado a su esposa los poderes necesarios para tomar las riendas de sus dominios españoles mientras él viajaba por sus extensos territorios imperiales. Las hermanas del emperador, Leonor (1498-1558), Isabel (1501-1526), María (1505-1558) y Catalina (1507-1578), junto con su hija ilegítima Margarita de Parma (1522-1586), completan la lista de estas mujeres que brillaron con luz propia en la Europa del Renacimiento. La regencia y el gobierno de los territorios de sus padres, esposos o hijos fue algo habitual no solo en el Imperio y los grandes Estados nacientes. Territorios más pequeños fueron dirigidos por mujeres como Isotta degli Atti (1432-1474) en Rimini, Bárbara de Brandeburgo (1422-1481), Eleonora Bentivoglio (?-1540) en Sassuolo, Philippa de Güelders (1464-1547) en Lorena...

Las mujeres no podían realizar contratos, ser jueces, ejercer en las cancillerías. Solamente las reinas y princesas pudieron romper algunos de aquellos techos de cristal densos y opacos que impedían a las mujeres ejercer algún tipo de poder o cargo público. Incluso, de manera indirecta, a la sombra de otros, aquellas soberanas y miembros de la realeza, siendo poseedoras por herencia

de un poder que les pertenecía, tuvieron que luchar para recuperar o retener lo que era suyo. Descubramos ahora a otras que no son, quizás, tan conocidas, pero cuyo papel es digno de ser contado.

## Poder y erudición en la España moderna

Los siglos xv y xvi están marcados en la historia de España por su universalización. Tras el matrimonio entre Isabel y Fernando, la unión de los distintos reinos hispanos, a excepción de Portugal, dio paso a la creación de un imperio que se extendió gracias a los descubrimientos y las sabias alianzas de los Reyes Católicos, desde Europa hasta América. En este tiempo, Isabel I de Castilla preparó a España para enfrentarse a la Edad Moderna con sabiduría, con aciertos y errores, pero siempre dispuesta a aprender. De ella se ha hablado largo y tendido, pero poco de su faceta más intelectual. Como Isabel, otras mujeres, tanto reinas como princesas o damas que vivieron en sus brillantes cortes femeninas, impulsaron la cultura humanista y renacentista en España.

### LAS TRES REINAS

María nació en Castilla, pero reinó en Aragón, porque su marido, Alfonso V el Magnánimo, decidió que le interesaba más la vida de sus reinos situados en el otro lado del Mediterráneo. María de Castilla (1401-1458) era la hija primogénita de Enrique III de Castilla y Catalina de Lancaster (1373-1418). Desde su nacimiento el 14 de noviembre de 1401 hasta la llegada al mundo de su hermano Juan cuatro años después, María vivió como la heredera al trono de Castilla.

Cuando nació el príncipe, María pasó a convertirse en un simple peón, en una infanta casadera y posible reina consorte en alguno de los reinos peninsulares o del resto de Europa. El elegido fue Alfonso, su primo aragonés. Hijo de Fernando I de Aragón y Leonor de Alburquerque (1374-1435), heredó los reinos de su padre en el año 1416. Un año antes, el 12 de junio de 1415, se casó en Valencia con su prima María, una joven inteligente y culta, pero con una frágil salud. La pareja no tuvo demasiado tiempo para afianzar su matrimonio ni para engendrar un heredero. Al poco tiempo, Alfonso empezó a encontrar excusas políticas para alejarse de la península. Cuarenta y tres años de matrimonio de los cuales casi tres décadas las pasó el rey en Italia donde terminaría fijando su residencia en Nápoles.

Ante esta situación, Alfonso no dudó en nombrar lugarteniente, gobernadora y regente en los distintos momentos de su ausencia a María. Sola, sin hijos, en una corte donde no había nacido, él debió ver en ella mucho más que una joven muchacha enfermiza. Al contrario, debió confiar en sus capacidades como soberana y no se equivocó. María resultó ser una mujer entregada a su cometido. Impartió justicia, firmó leyes, intentó pacificar el interior de sus reinos y mediar en los eternos conflictos con los soberanos vecinos, miembros, por otro lado, de su propia familia. Fue en realidad la verdadera reina de Aragón, aunque lo fue porque su marido no estaba.

La reina María fue también impulsora de la cultura, alimentando su propia biblioteca y apoyando el desarrollo de las artes y las letras. Mujer piadosa, aceptó con resignación la llegada al mundo de hijos bastardos de su marido; mientras que ella asumía su esterilidad refugiándose en la oración. A su muerte, el 4 de septiembre de 1458, parecía que el reino velaba a una monja y no a una reina, pues María pidió ser enterrada con el hábito de las

hermanas franciscanas. Su marido, fallecido pocos meses antes en Nápoles, llevaba años lejos de ella.

En 1438, el arcepreste Alfonso Martínez de Toledo terminaba una obra que no les hizo mucha gracia a las mujeres que lo leyeron. Pocas, claro, pues ya sabemos que el analfabetismo era amplio, y el acceso a la cultura, limitado. Una de esas mujeres fue la propia reina, quien no debió sentir mucha satisfacción con las palabras de *El Corbacho*, en el que se calificaba al sexo femenino de «viciosas mujeres»,<sup>3</sup> y aseguraba contundente: «digo primeramente que las mujeres comúnmente por la mayor parte de avaricia son dotadas; y por esta razón de avaricia muchas de las tales infinitos y diversos males cometen».<sup>4</sup>

Otra María, María de Aragón (1403-1445), había nacido en Medina del Campo el 24 de febrero de 1403. Era hija de Fernando I de Aragón y de Leonor de Alburquerque; era, por tanto, hermana de Alfonso V de Aragón. Como hija de reyes, pronto se buscó para ella a un candidato en las lejanas tierras de Inglaterra. Ya entonces demostró la joven María que tenía un carácter poco «femenino», pues no dudó en quejarse a sus padres de dicha elección. No estaba dispuesta a dejar su tierra, su idioma, sus costumbres, su clima, para desposarse con un rey inglés. Al final, por insistencia de ella o por intereses paternos, el elegido fue su primo, que gobernaría en Castilla como Juan II. Tras su unión matrimonial, llegaron al mundo tres niñas, que no superaron la edad adulta, y el príncipe heredero y futuro rey Enrique IV.

Convertida en reina consorte de Castilla, María de Aragón desempeñó un papel activo en los entresijos cortesanos y se implicó en los conflictos nobiliarios y en las trifulcas eternas entre los distintos reinos peninsulares, o entre sus propios familiares. La llegada del valido Álvaro de Luna no dejó indiferente a esta mujer que receló de él y se enfrentó abiertamente a su cada vez más creciente poder.

Con estas credenciales no es de extrañar que la publicación de la obra del arcipreste, quien era además capellán de su propio marido, no se quedara de brazos cruzados. Afirma Ana Vargas que «sin duda, María de Aragón fue una mujer importante en el desarrollo del primer humanismo en la corte castellana y en la *Querrela de las mujeres*».5 Además de convertir la corte castellana en un importante centro de cultura y saber, María impulsó la publicación de distintos textos que, en respuesta a la opinión que abandonaba la obra del capellán de su esposo, intentaron rebatir la insistente misoginia que sobrevolaba el ambiente. Cristina de Pizán en Francia o Sor Juana Inés de la Cruz en México responderían a vilipendios similares escribiendo sus propias obras en defensa de la virtud y dignidad femeninas. María no tomó la pluma, pero ayudó a otros a hacerlo: impulsó la publicación de *El triunfo de las donas* de Juan Rodríguez de la Cámara, o *Defensa de virtuosas mujeres* de Diego de Valera.

La voz demasiado elevada de una mujer en aquellos tiempos no debió ser del gusto de algunos, entre ellos el propio valido, quien debió hartarse de una señora que se metía en asuntos que, en su opinión, no le correspondían.

No pudo soportar más tiempo el ánimo de Don Álvaro, el continuo temor con que la posibilidad de una reconciliación entre los cónyuges le traía sobresaltado, pues mientras viviese la Reina, recelaba que, o el Rey, parando alguna vez mientes en lo sagrado de aquel vínculo, volviese a reanudar, o que el Príncipe a impulsos del natural cariño, mirase compasivo las amargas lágrimas de su madre. Traía también intranquilo al tirano el haber descubierto en el Rey cierta pasión reciente hacia su prima; y como conocía su inclinación a los placeres del amor, y le veía perdidamente enamorado de los encantos de la reina de Portugal, trataba de precaverse contra la tormenta que por

acaso pudiera amenazarle. Dícese que, deseando librarse de una vez de aquellos dos temores, para que la muerte de la una no fuese aviso para la otra, y contando, según se asegura, con la anuencia del Rey, había puesto mujeres de su confianza en la cámara de cada Reina, encargadas de administrar el tósigo que había de consumir sus vidas con lenta fiebre.<sup>6</sup>

Según estas palabras del cronista Alonso de Palencia, María de Aragón y su hermana Leonor (1402–1445), reina de Portugal, fueron asesinadas por orden del valido de Juan II. Dos años después de su desaparición, Juan escogía a otra esposa, Isabel de Portugal (1428-1496). De ella nacería Alfonso e Isabel, quien terminaría siendo reina de Castilla tras su enfrentamiento con su hermanastro Enrique IV.

La conquista de América, la expulsión de los judíos y la instauración de la Santa Inquisición son algunos de los hechos que se recuerdan una y otra vez del reinado ampliamente estudiado de Isabel I de Castilla (1451-1504). Hechos sin duda indispensables para conocer su vida y su tiempo y el futuro devenir de nuestra propia historia. Pero existen muchos aspectos desconocidos o menos conocidos de su reinado; uno de ellos es la difusión excepcional del conocimiento, y el acceso a este por parte de hombres y mujeres. No vamos a decir que Isabel fue una reina feminista, pero sí que en su extensa biblioteca custodiaba obras de Cristina de Pizán, y que dio a todos sus hijos, el príncipe y las infantas, la misma educación.

Isabel no estaba llamada a ser reina, por lo que su infancia en Arévalo, junto con su hermano pequeño y una madre cada vez más demente, no estuvo rodeada precisamente de erudición. Recibió una buena educación religiosa, pero ella misma siempre adoleció, cuando ya portaba el peso de la corona en su cabeza, de falta de

formación. Desde pequeña se interesó por el saber, heredó de su padre la pasión por la lectura, y su biblioteca se convertiría, después de la capilla, en uno de los lugares privilegiados de la Reina Católica.

Convertida en soberana de Castilla, tras una controvertida guerra civil y un ir y venir de ardidés políticos con su frágil hermanastro, Isabel se dispuso a enmendar su falta de formación. Empezó a estudiar latín, diplomacia, política. Su biblioteca se iba llenando de obras de historia, leyes, filosofía, religión. Clásicos como Séneca o Aristóteles compartían espacio con libros sagrados. Una larga lista de manuscritos que demostraban su interés por un saber largamente abandonado.

Su pasión por aprender no quedó circunscrita a su ámbito personal. No solo impulsó la edición de obras sobre gramática latina y otras disciplinas, además de impulsar la publicación de textos tan importantes como la *Gramática* de Antonio de Nebrija. Este material fue utilizado para un proyecto educativo excepcional. Isabel fundó en su corte una escuela para sus hijos y los hijos de la nobleza. Jóvenes de ambos sexos que pudieron acercarse al conocimiento de la mano de estas obras y de los humanistas españoles e italianos que la reina invitó a unirse a su pequeño Parnaso. Pedro Mártir de Anglería, Julio Marineo Sículo, y Antonio y Alejandro Gerardini fueron algunos de los ilustres nombres que se convirtieron en tutores de sus hijos. Isabel dio a sus hijas y a las damas de la corte la oportunidad que ella no había tenido de joven de aprender latín y otras disciplinas poco comunes en las rutinas femeninas de su tiempo. Y lo hizo no solo con hombres de gran saber. También escogió a mujeres brillantes.

#### LAS DAMAS DE LA CORTE

Probablemente el nombre más conocido de entre todas las mujeres que rodearon a Isabel de Castilla es el de

Beatriz Galindo (1465-1534), cuyo apodo, la Latina, bautizó uno de los barrios más populares de Madrid. Beatriz nació alrededor del año 1465 en Salamanca. Su padre, Juan López de Gricio, era un escribano con pocos recursos. Desde pequeña, Beatriz demostró tener habilidades intelectuales y una afinidad «extraña» para una mujer hacia el saber. Uno de sus tíos no pasó por alto las capacidades de su sobrina y empezó a enseñarle latín, lengua que pronto dominó. Esta habilidad en la niña pudo ser de utilidad para que su padre encontrara un buen convento en el que Beatriz pudiera ingresar sin tener que dar una dote demasiado alta. Antes de que se planteara tomar los hábitos, su fama llegó a oídos de una reina ávida de saber.

Isabel no lo dudó y mandó llamar a Beatriz. A partir de aquí, su papel como maestra de la reina empezó a extenderse y aceptarse como válido. El cargo que asumió fue el de camarera y consejera de Isabel, pero no explícitamente el de maestra. Estudios actuales aseguran que el latín fue uno de los elementos que captó la atención para que la reina contratara a Beatriz, y es probable que la ayudara en sus conocimientos, pero no fue estrictamente una maestra en palacio. «Se ha insistido que fue preceptora de las hijas de Isabel la Católica —afirma Cristina Segura—, pero parece que su magisterio se limitó a las conversaciones en latín con la Reina».<sup>7</sup>

Otras fuentes siguen insistiendo, sin embargo, en que Beatriz Galindo fue maestra de lengua latina de Isabel e incluso de alguno de sus hijos. Es probable que, efectivamente, Beatriz llegara a la corte seleccionada por su sabiduría, como las otras mujeres consideradas *puellae doctae*, y que, a pesar de no dar clases como tal, su conocimiento del latín le permitiera a la reina conversar con ella en esta lengua y perfeccionar sus habilidades. Sea como fuere, no se le quita mérito a esta mujer que, en el siglo xv, con los altos índices de analfabetismo y el poco acceso femenino a la educación, llegó a despuntar como erudita.

Como hiciera con otras damas de su corte, Isabel le dio una buena dote a Beatriz y le buscó un marido. El elegido fue Francisco Ramírez, conocido como el Artillero por sus servicios en el ejército, un hombre viudo mayor que ella con seis hijos. La unión con Beatriz amplió la familia con dos hijos más. Francisco falleció guerreando contra los moros en Málaga, en 1501. Beatriz vivió los últimos años de su vida retirada de la corte, sobre todo tras la desaparición de su reina en 1504. Se dedicó a fundar hospitales como el Hospital de la Concepción en Madrid, centros asistenciales, conventos, como el de la Concepción Franciscana y de la Concepción Jerónima en los que ayudó a ingresar a mujeres pobres y una escuela para niñas pobres. También se volcó en el estudio que nunca había abandonado. Se dice que escribió unas *Notas y comentarios sobre Aristóteles* y varios poemas en latín, obras que, sin embargo, nunca fueron encontradas. Beatriz Galindo falleció el 23 de noviembre de 1535. Su cuerpo fue enterrado en el Convento de las Jerónimas que había ayudado a erigir.

También Beatriz se llamaba otra de las grandes damas que vivieron en la corte isabelina. Se llamaba Beatriz de Bobadilla (1440-1511) y su vida corrió paralela a la de su reina. Aun antes de ostentar la corona, cuando nadie esperaba que la niña Isabel fuera algún día una figura relevante en la historia, Beatriz ya era su querida amiga de juegos y estudios. Su padre, Pedro de Bobadilla, ejercía como guardián en la fortaleza de Arévalo, donde vivían la reina Isabel de Portugal, viuda de Juan II, y sus hijos, Alfonso e Isabel. Don Pedro vivía en la fortaleza con su esposa María Maldonado y sus tres hijos. A pesar de que Beatriz era casi diez años mayor que la princesa, el vínculo que se forjó entre ellas en aquella época no se rompería nunca.

Cuando el rey Enrique IV escogió a don Pedro Girón como marido para su hermanastra, Beatriz no dudó en

tomar cartas en el asunto y se dispuso, cuchillo en mano, a terminar con la vida del caballero en cuanto llegara junto con su señora. No hizo falta que Beatriz ejerciera de sicaria, pues parece que las plegarias de Isabel se cumplieron y el desdichado don Pedro falleció poco antes de presentarse a su lado. Isabel no se olvidó, sin embargo, del gesto de Beatriz. Cuando se trasladó a la corte, con ella iba la dama que fue nombrada camarera mayor de la princesa, bajo su expreso deseo. Isabel también encontró para su amiga un buen marido, Andrés Cabrera, quien estaba al servicio del rey y terminaría asumiendo el cargo de gobernador de Segovia.

El matrimonio tuvo un papel crucial como mediador en las tensas trifulcas a cuenta de la sucesión. Fueron ellos los que consiguieron que Enrique aceptara a Isabel como su heredera en los acuerdos firmados en los Toros de Guisando. También fueron parte en las complicadas negociaciones de matrimonio con Fernando de Aragón.

Convertida en reina, Isabel no se separaría de Beatriz, a la que confió sus tribulaciones y convirtió en su fiel consejera. En 1480, los reyes mostraron su gratitud a la pareja otorgándoles el marquesado de la Moya. De las muchas decisiones que presenció la camarera, destaca la decisión de su señora de confiar en aquel navegante llamado Cristóbal Colón. Ante las dudas de la reina, Beatriz aconsejó a Isabel que escuchara y creyera en sus palabras.

Beatriz de Bobadilla participó en el ambiente culto de la corte isabelina leyendo a Horacio, Virgilio, y otros clásicos y textos sagrados. Su vida en la corte finalizó con la muerte de su reina. La pareja, que llegó a tener nueve hijos, se trasladó a vivir a Chinchón, donde permaneció retirada de la vida pública. Beatriz falleció el 17 de enero de 1511.

Juana de Mendoza (1425-1493), perteneciente a la poderosa casa de los Mendoza, ejerció de camarera mayor, preceptora y guarda de las damas de la reina. Casada con

Gómez Manrique, poeta, corregidor y justicia mayor de Toledo, la pareja compartía pasión por el saber y se convirtió, como los marqueses de la Moya, en incondicionales defensores del derecho sucesorio de Isabel, con quien Juana mantuvo una estrecha relación antes de ascender al trono; durante su reinado, se convirtió en una de sus más fieles amigas y consejeras.

Juana permaneció en la corte desde principios de la década de 1480 hasta su muerte, el 29 de mayo de 1493 en Barcelona. Hasta allí se había trasladado con la reina para recibir a Cristóbal Colón, de vuelta a casa tras su primer viaje. Impulsora de las letras, a ella le dedicaría Teresa de Cartagena su magnífica obra en defensa de las mujeres.<sup>8</sup>

La historia de Lucía (Luisa) de Medrano (1484-1527) es un galimatías de fuentes difusas, informaciones incompletas y datos contradictorios. Para empezar, su propio nombre, que según las fuentes aparece como Luisa o como Lucía. Sabemos que nació en Atienza el 9 de agosto de 1484, y que su familia noble estaba vinculada con la corte de Isabel. Sabemos también que su madre Margarita y su hermana Catalina formaban parte de la corte. No así Luisa, quien debió recibir su formación de la mano de tutores personales, protegida por la propia reina. Probablemente estudió junto con su hermano Luis, quien llegó a ser catedrático de la Universidad de Salamanca. En este escenario, aparece la presencia velada de Luisa. Algunos utilizaron las pocas fuentes directas contemporáneas para concluir que Luisa Medrano se convirtió en catedrática de Retórica de dicha universidad. Otros simplemente afirman que sí, estuvo en Salamanca, y «sin duda debía ser muy culta, diera una o varias clases, en la universidad o en cualquier estudio de la ciudad».<sup>9</sup>

Thérèse Oettel, una de las investigadoras clave en la figura de Luisa, llegó a algunas conclusiones interesantes, hablándonos de una nota importante:

Dicha nota, contenida en una copia del *Cronicón*, está reproducida en el tomo II, pág. 63 de la Historia de las Universidades, de Vicente de Lafuente. La nota dice: «A. D. 1508 die 16 Novembris hora tertia legit filia Medrano in Cátedra Canonum». Nos encontramos, pues, con una noticia exacta sobre fecha y lugar de la explicación docente, suficiente para fundar la tesis de que Lucía desempeñó Cátedra en Salamanca, aun sin acudir al testimonio de Marineo. Según el texto de la nota, Lucía «legit in Cátedra Canonum». Lo que hace suponer que Cátedra significa aquí el aula donde tuvo lugar la explicación, en este caso el aula donde se daban las lecciones sobre Derecho Canónico. La inscripción «Catedra Canonum» se conserva en dos aulas del piso bajo de la Universidad de Salamanca.<sup>10</sup>

Como conclusión, tomo estas palabras de Vicenta Márquez:

Queda pues bastante claro que Lucía Medrano impartió clases en Salamanca, no solo de «latines» como asevera Lucio Marineo Sículo, con gran admiración, sino también de *Canonum*, es decir, Derecho Canónico. [...] Si esto fue con carácter excepcional no tiene importancia, ello solo demostraría que Lucía Medrano era tan famosa y poseía tales conocimientos en esta materia como para dar una clase magistral.<sup>11</sup>

Excepcional fue, sin duda, el papel de Luisa de Medrano, en un tiempo en el que el saber giraba la cara al universo femenino. Probablemente el paso de Luisa por la universidad fue efímero, pero ahí estuvo, en un mundo de hombres, demostrando de manera inconsciente que si se les cerraba la puerta en las narices no era por falta de capacidades de unas, sino por la actitud cerril de otros.

La erudición que rezumaba la corte isabelina dio como fruto, también, producción literaria femenina. Uno de esos ejemplos lo encontramos en Florencia del Pinar (c. 1470-c. 1530). Dama de la corte de Isabel la Católica, tiene el honor de ser considerada una de las pocas poetas en lengua castellana conocida hasta el momento.

A Florencia la encontramos asumiendo el cargo de dama de honor en la corte de Isabel, pero poco o nada más sabemos de ella. Podemos deducir que Florencia pertenecía a una buena familia y que recibió una buena educación, antes y durante su estancia en palacio. Su obra poética aparece en tres cancioneros. Son en total siete poemas centrados en la temática amorosa en los que destacan el erotismo y la sexualidad femeninas.

Ell amor ha tales mañas,  
que quien no se guarda dellas,  
si se l'entra en las entrañas,  
no puede salir sin ellas.  
Ell amor es un gusano,  
bien mirada su figura;  
es un cáncer de natura  
que come todo lo sano.  
Por sus burlas, por sus sañas,  
d'él se dan tales querellas,  
que si entra en las entrañas,  
no puede salir sin ellas.<sup>12</sup>

Utilizando imágenes como la perdiz, signo de lascivia femenina, o el gusano, alusivo al miembro masculino,<sup>13</sup> Florencia nos habla abiertamente de la sexualidad femenina en aquel siglo xv.

Junto con Florencia, encontramos el nombre de Leonor Centellas (1430-1504), de la cual solamente he podido encontrar una anécdota relacionada con las fiestas que se celebraron en Valladolid con motivo de la proclamación

de los Reyes Católicos. Allí estaban las damas de la reina. Entre ellas, una marquesa llamada Leonor, quien sacó de la manga de su vestido unos versos para amenizar la velada: «Mi hazer así me conviene / contenta con lo que fuere».<sup>14</sup>

El 19 de diciembre de 1496, el papa Alejandro VI, a través de la bula *Si convenit*, otorgaba a Isabel y Fernando el título de Reyes Católicos. La fervorosa fe que demostró y defendió toda su vida la reina aún no ha conseguido que sea elevada a los altares. Pero en su corte existieron nombres propios de mujeres santificadas o en proceso de santificación. La primera de ellas, Beatriz de Silva (1424-1491), canonizada en 1976, fue fundadora de la orden monástica de las hermanas concepcionistas. Su historia arranca en Ceuta, donde nació en el año 1424. Su abuelo fue el primer capitán de esa plaza africana que entonces pertenecía a la corona de Portugal; sus padres, Ruy Gómez de Silva e Isabel de Meneses, vivían allí cuando nació Beatriz. Poco tiempo después, su padre fue nombrado alcalde de Campo Mayor, en el Alentejo, donde se trasladó la familia y donde Beatriz viviría su infancia junto con sus hermanos. Todos ellos fueron educados por tutores franciscanos.

La familia de Beatriz tenía una estrecha vinculación con la corte de Portugal. En ella vivía una de sus tías, Leonor de Meneses, quien posiblemente pensó en su sobrina cuando en palacio estaban preparando la marcha de la princesa Isabel de Portugal para casarse con Juan II de Castilla. Tenía veintidós años cuando en 1447 se unió a la corte de damas lusitanas que puso rumbo a España. Ya entonces debió darse cuenta la joven Beatriz de la extraña conducta de la futura reina, excesivamente obsesionada con las muchachas que la acompañaban, celosa de su belleza y su lozanía. No tardó Isabel en fijarse en Beatriz. Ya en la corte castellana, pensó que entre la dama y su marido existía una relación pecaminosa. Sospechas

basadas en un supuesto cruce de miradas entre ambos. Sin pensarlo, cortó por lo sano y, en vez de echar a la joven de palacio, no se le ocurrió otra cosa que encerrarla en un baúl. Beatriz de Silva permaneció varios días encerrada hasta que alguien se percató de su ausencia y se dio la voz de alarma. En aquellos momentos de angustia, Beatriz aseguró que había sobrevivido gracias a la Virgen María, quien se le había aparecido y le había prometido que saldría con vida de aquel macabro encierro. Después del nefasto incidente, Beatriz pidió refugio en el Monasterio de Santo Domingo de Toledo, donde vivió unos años sin llegar a tomar los hábitos. Estaba esperando cumplir la promesa hecha a la Virgen: fundar una orden dedicada a ella. Una promesa que parecía difícil de cumplir, puesto que el papado, en su afán por controlar la vida religiosa femenina, había prohibido, al menos temporalmente, la creación de nuevas órdenes monásticas. Además, Beatriz quería fundar una orden basada en la Inmaculada Concepción de María, misterio que aún no había sido elevado a dogma de fe.

En este punto, aparece Isabel, la hija de aquella otra Isabel que parecía haberse enajenado por culpa de su belleza. La Reina Católica visitaba a menudo a la antigua dama de su madre y se interesó por el proyecto de Beatriz. Isabel le cedió unos terrenos en Toledo donde en 1484 se instaló en un pequeño beaterio junto con otras once mujeres a la espera de recibir la aprobación final de su orden de Roma. El 30 de abril de 1489, a través de la bula *Inter Universia*, el papa Inocencio VIII convertía en realidad el sueño de Beatriz. Aunque con matices. Las concepcionistas se vieron obligadas a acogerse a las ordenanzas del Císter y el pontífice le denegó la aprobación de una regla específica dictada por ella misma. Aun así, tenía potestad para realizar oraciones en honor a la Inmaculada Concepción y podrían aprobar ordenanzas especiales para su propia orden, mientras